

La diversidad de las prácticas en la filosofía teórica

ALEJANDRO CASSINI

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Buenos Aires, Argentina

Universidad de Buenos Aires

Buenos Aires, Argentina

17

DOI: 10.36446/rif465

Resumen: En las últimas décadas la filosofía profesionalizada ha sufrido un proceso creciente de proliferación, especialización y fragmentación que ha afectado a todas sus prácticas. La mayoría de las carreras académicas se desarrolla en instituciones, esencialmente universidades, donde se exige realizar una multiplicidad de tareas: la enseñanza, la investigación, la formación de recursos humanos, la gestión y la transferencia y extensión de los conocimientos. Dada la especialización de las investigaciones, y su carácter cada vez más demandante, resulta difícil conciliarlas con la docencia y otras tareas académicas realizadas de manera simultánea. En este trabajo examino las prácticas filosóficas en el campo de la filosofía teórica, señalando sus semejanzas y diferencias con las de las ciencias naturales y sociales. Señalo, además, que no existe consenso sobre un método único propio de la filosofía.

Licencia Creative Commons CC BY 4.0 Internacional

REVISTA LATINOAMERICANA de FILOSOFÍA

Vol. 52 N°1 | Otoño 2026

Palabras clave: filosofía teórica, ciencias, enseñanza, investigación, métodos.

The Diversity of Practices in Theoretical Philosophy

Abstract: In the last decades, professional philosophy has undergone a growing process of proliferation, specialization, and fragmentation that has affected all its practices. Currently, most academic careers are developed in institutions, essentially universities, where performing a multiplicity of tasks is required: teaching, research, training of human resources, management and the transfer and extension of knowledge. Given the specialization of research, and its increasingly demanding nature, it is difficult to reconcile it with teaching and other academic tasks conducted simultaneously. In this work, I examine philosophical practices in the domain of theoretical philosophy, pointing out their similarities and differences with those of the natural and social sciences. I also point out that there is no consensus on a unique method proper to philosophy.

Keywords: theoretical philosophy, sciences, teaching, research, methods.

8 |

1. Introducción

La práctica de la filosofía no es inmutable, como puede comprobarse apelando a la historia y comprobando las diferentes maneras de hacer filosofía, por ejemplo, en las escuelas de la Antigüedad griega, en la escolástica de las universidades medievales, o en las sociedades filosóficas actuales. Los congresos generales de filosofía, por ejemplo, son una invención del siglo XX, que en este siglo tiende a ser desplazada por los *workshops* u otro tipo de reuniones más especializadas. Las revistas profesionales de filosofía, por su parte, solo surgen a fines del siglo XIX. Para filósofos como Kant o Hegel, para mencionar solo dos ejemplos, la publicación de artículos en revistas especializadas o la exposición oral en congresos y reuniones, donde el público lo constituyen otros filósofos profesionales, generalmente participantes del mismo evento, no eran prácticas disponibles. Aproximadamente desde la época de Kant, los filósofos profesionales son en su gran mayoría profesores universitarios que deben conciliar la enseñanza de la filosofía con la investigación original, la escritura de libros y artículos, y muchas otras tareas que detallaremos más adelante. Por otra parte, como veremos enseguida, la manera de practicar

la filosofía depende esencialmente de la concepción que se tenga de la filosofía misma. Con seguridad, puede decirse que no existe en la actualidad una única manera de practicar la filosofía, sino diversas prácticas filosóficas.

El primer hecho que debe tenerse en cuenta al tratar la cuestión de las prácticas en filosofía es que bajo el concepto general de filosofía se incluye una gran variedad de temas y problemas, así como una diversidad de métodos y enfoques para abordarlos. Difícilmente haya, entonces, consensos generalizados acerca de cuáles son los límites del campo de la filosofía y, por tanto, acerca de cuáles son sus problemas y métodos. Por otra parte, estos límites no están fijos, al contrario, tienden a cambiar cada vez más rápidamente. Dos tendencias de largo plazo son fácilmente comprobables. La primera, más antigua, es la separación de diferentes ramas de la filosofía que se transforman en ciencias autónomas. La psicología es uno de los ejemplos más claros. Ya en el siglo XIX dejó de ser una rama de la metafísica y pasó a ser una ciencia empírica más. La lógica formal ha seguido ese camino a lo largo del siglo XX. La segunda tendencia, más reciente, es la aparición de nuevas disciplinas filosóficas con sus propias agendas de temas y problemas. A veces, se trata de un área de una disciplina más general que crece, se especializa y termina por desarrollarse de manera más o menos independiente, como es el caso de la bioética respecto de la ética general. Otras veces, se trata de la aparición de disciplinas enteramente nuevas suscitadas por cambios tecnológicos o sociales significativos. La filosofía de la inteligencia artificial y la filosofía del género son dos ejemplos recientes de esta tendencia. La filosofía de la tecnología y la de la medicina parecen también encaminadas a constituirse como disciplinas autónomas. Es de esperar que en el futuro cercano se produzca la aparición de nuevas disciplinas filosóficas, o la consolidación de otras disciplinas ahora incipientes.

19

Ante esta proliferación de disciplinas filosóficas, que complementan pero no sustituyen a las tradicionales, y la consiguiente ampliación del dominio de la filosofía, resulta difícil y arriesgado hacer generalizaciones universales acerca de la manera de practicar la filosofía en la actualidad. El propio concepto de filosofía puede incluso variar de una tradición o enfoque específico a otro. Aunque ya no existen escuelas filosóficas bien definidas, persisten tradiciones de investigación, así como maneras de comunicar esas investigaciones, que conllevan sus propios enfoques metodológicos y sus estilos de escritura. Lo primero que debe admitirse, entonces, es que, como sabiamente había advertido Aristóteles al comienzo de la *Ética nicomaquea* (I 3, 1094b 12 y ss.), en cuestiones de asuntos humanos solo es posible describir lo que ocurre por lo general, pero no hay generalizaciones universales sin contraejemplos. En este caso, se trata de señalar algunas tendencias domi-

nantes que pueden discernirse en las prácticas de determinadas áreas más o menos bien definidas de la filosofía actual.

A los fines de operacionalizar la cuestión, creo que pueden distinguirse tres grandes áreas de la filosofía en las que trabajan la gran mayoría de los filósofos actuales: la filosofía teórica, la filosofía práctica y la historia de la filosofía. La primera comprende la metafísica y la ontología, la teoría del conocimiento, la lógica, la filosofía de las ciencias, la filosofía del lenguaje y la filosofía de la mente. La segunda incluye a la ética, la estética y filosofía del arte, la filosofía política, la filosofía del derecho, la filosofía de la religión, y la filosofía de la acción o la *praxis* humana en general. La tercera abarca todos los estudios de la tradición filosófica, desde sus orígenes hasta las filosofías y filósofos más recientes considerados clásicos (sin duda, esta delimitación, como todas en estos asuntos, tiene fronteras borrosas). Las prácticas más frecuentes en este campo consisten en la edición, traducción y comentario de las obras de los autores clásicos o relevantes para determinadas tradiciones, así como los estudios sobre temas y problemas específicos de estas tradiciones. Por cierto, esta tripartición es esquemática y seguramente no abarca la totalidad de la filosofía, así como tampoco la totalidad de las disciplinas actuales (que no he pretendido enumerar de manera completa). No obstante, creo que es suficientemente amplia como para incluir a la gran mayoría de los estudios e investigaciones, así como a la mayoría de los temas que se enseñan en las carreras de filosofía de la mayor parte del mundo.

10 |

Por otra parte, las disciplinas filosóficas no son compartimientos estancos ni tienen límites perfectamente definidos, por lo que a menudo interactúan entre sí y se influyen mutuamente. Hay sin embargo diversos grados de cercanía: es evidente que hay mayor interacción entre la ética y la filosofía política que entre estas y la lógica o la filosofía de las ciencias. De todos modos, es una tendencia comprobable que las diferentes disciplinas tienden a especializarse y a desarrollarse de manera más o menos autónoma e independiente de las demás. Por ejemplo, la teoría general del conocimiento y la filosofía de las ciencias formales y empíricas se ocupan ambas de cuestiones relativas al conocimiento humano, pero tienen muy poca influencia mutua y prácticamente no hay autores que trabajen activamente en ambos campos y los relacionen de manera sistemática. De manera más general, quienes investigan y enseñan en alguna de las tres grandes áreas que he distinguido, salvo raras y cada vez menos frecuentes excepciones, no lo hacen en las otras. Además, nadie podría en la actualidad, no ya hacer aportes originales, sino siquiera estar al tanto del estado del tema, en más de dos disciplinas filosóficas de una misma área. Mucho menos, en otras áreas disciplinares o en la filosofía en su conjunto. La

cantidad de información que se produce en cualquier disciplina filosófica crece cada año y resulta verdaderamente abrumadora, como podrá comprobarlo cualquiera que estudie un tema, aunque sea muy especializado, a lo largo de los años.

Debido a mi propia experiencia y mis limitadas competencias, me ocuparé solamente de las prácticas de la *filosofía teórica*, que es el área en la que he investigado y enseñado durante las últimas tres décadas. Creo que mi descripción de estas prácticas y mi diagnóstico de su situación podría extenderse también a la filosofía práctica y, con mayores reservas, a la historia de la filosofía. Esa, sin embargo, es una mera hipótesis que no intentaré justificar en este trabajo. El dominio de la filosofía teórica ya es lo suficientemente amplio como para constituir una buena muestra del estado de las prácticas de la filosofía actual y como para permitir la elaboración de ciertas generalizaciones, que, como ya he advertido, se refieren solamente a tendencias discernibles y siempre tienen excepciones. Mi enfoque será deliberadamente general y abstracto, ya que no me referiré a temas, problemas o autores concretos, salvo ejemplos ocasionales, ni a diferentes tradiciones, escuelas o regiones geográficas. No intento presentar un panorama del estado de las investigaciones en filosofía teórica, una empresa imposible para una única persona, cualesquiera sean sus conocimientos y sus especialidades. Esa tarea requeriría la colaboración de todo un equipo y sus productos ocuparían, tal vez, miles de páginas. Incluso así, solo sería posible ofrecer un panorama incompleto y superficial del estado de la cuestión. Mi objetivo en este trabajo es mucho más modesto: consiste en describir algunas tendencias generales que advierto en la manera en que se practica la filosofía teórica, a partir, por supuesto, de mi limitada experiencia personal y de la interacción con mis colegas. El resultado deberá ser necesariamente esquemático, lo cual no lo priva de su valor como diagnóstico de la situación actual de las prácticas de la filosofía.

I 11

Adoptaré como punto de partida un enfoque comparativo, señalando ciertas semejanzas y diferencias significativas entre las prácticas de la filosofía teórica y las de la ciencia. Luego, analizaré sucintamente las dos actividades principales de los filósofos profesionales de la actualidad: la investigación y la enseñanza universitaria. Seguidamente, haré algunas observaciones sobre un fenómeno evidente en todas las áreas de la filosofía, como es el de la progresiva especialización y fragmentación de las disciplinas, al que ya he aludido. Después, me ocuparé de la cuestión del método en filosofía, enfatizando la pluralidad de métodos y enfoques metodológicos existentes. Por último, presentaré algunas conclusiones generales tentativas sobre la situación de las prácticas en la filosofía teórica actual.

2. Las prácticas en ciencia y filosofía

Un punto de partida posible para analizar las prácticas filosóficas es compararlas con las prácticas de las ciencias naturales, con las cuales tienen las mayores diferencias entre las diferentes prácticas del mundo académico. Como ya he advertido, todo lo que uno pueda decir al respecto se refiere solamente a tendencias generales, que siempre tienen excepciones. Por otra parte, es evidente que existen múltiples analogías positivas y negativas entre ciencia y filosofía que no sería pertinente, ni posible, explorar aquí. Con todo, creo que hay algunas analogías importantes entre las prácticas de la investigación teórica en el área de las ciencias naturales y las de la filosofía teórica. Más precisamente, creo que las maneras de practicar estas actividades (y de evaluarlas) tiende a asemejarse cada vez más, sin que por ello se identifiquen, ya que la filosofía, en mi opinión y la de la mayoría de sus practicantes, no es una ciencia empírica, entendiéndolo por ello que sus afirmaciones no se contrastan mediante observaciones o experimentos de laboratorio y que la aceptación de una tesis o teoría filosófica no se basa, primariamente, al menos, en su confirmación por la experiencia.

12 | Ante todo, las prácticas en las ciencias naturales son actividades casi siempre colectivas, sobre todo en el campo de la experimentación, donde suele haber equipos que tienen cientos o incluso miles de integrantes. Por su parte, la filosofía sigue siendo todavía una actividad predominantemente individual, como lo fue a lo largo de toda su historia, donde todos los clásicos que forman el *canon* de la enseñanza son obras de un único autor. Esto se puede comprobar examinando las publicaciones: mientras que en las ciencias son habituales los artículos de investigación firmados por múltiples autores (según un protocolo bien establecido, que no es el orden alfabético), en filosofía la gran mayoría de los trabajos están firmados por un único autor y son muy raros los que están firmados por más de dos autores. En este punto, la práctica filosófica se parece más a la de la ciencia teórica, donde la investigación suele ser individual o realizarse en grupos muy pequeños. Sin embargo, se perciben desde hace tiempo algunos cambios en esta práctica. Ahora son habituales los proyectos de investigación filosófica en equipos, que suelen superponerse con los proyectos de investigación individuales. Con todo, en mi experiencia, no existe todavía algo semejante a una división del trabajo en los equipos de investigación filosófica, es decir, una práctica donde diferentes integrantes estudian solo un tema específico, o un aspecto particular del tema general de investigación, y luego colaboran con los demás en la redacción de un trabajo final donde se exponen los resultados de la investigación. Al contrario, la enorme mayoría de los trabajos producidos en equipos de investigación filosófica son de un único autor (y

en pocos casos de dos autores), lo cual puede observarse sobre todo en las compilaciones publicadas en forma de libro por los equipos, generalmente editadas por el director del grupo.

En la ciencia, en cambio, la división del trabajo es muy frecuente en el campo teórico e incluso indispensable en el campo experimental. El cambio de la producción individual a la colectiva en las ciencias naturales se produjo gradualmente a lo largo de las primeras décadas del siglo XX. Es cierto que la gran mayoría de las obras clásicas de la ciencia pertenecen a un único autor (basta pensar en Copérnico, Galileo, Newton, Maxwell, Darwin o Mendel). Einstein, sin embargo, es ya una figura de transición. Si bien desarrolló la teoría de la relatividad especial en completa soledad (aunque Mileva Marić, su esposa, tuvo, según se sabe ahora, alguna influencia relevante), en el desarrollo de la teoría general de la relatividad colaboró con Marcel Grossmann, con quien firmó varios de los artículos anteriores a la formulación definitiva de la teoría. Su artículo más famoso y citado sobre la teoría cuántica está firmado en colaboración con Boris Podolski y Nathan Rosen (y se sabe que fue redactado principalmente por Podolski).¹ La teoría cuántica, por su parte, es el primer ejemplo de una creación colectiva que no puede asociarse a un científico o un grupo de científicos, sino que se debe a la contribución de muchos científicos que trabajaron en diferentes países interactuando entre sí de un modo sumamente complejo (contribuyeron a la teoría Planck, Einstein, Bohr, Sommerfeld, de Broglie, Born, Schrödinger, Dirac, Heisenberg, Pauli, von Neumann y Jordan, entre otros). El llamado modelo estándar de partículas elementales, por su parte, es el resultado de las investigaciones teóricas y experimentales de decenas (o tal vez centenares) de científicos.² Todavía no hay en las prácticas de la filosofía nada remotamente análogo a estos ejemplos. La lógica matemática, incluyendo en ella la metalógica, tal vez sea el único caso de una creación colectiva que no puede identificarse con un nombre o grupo determinado. Pero esta, a diferencia de la filosofía de la lógica o las llamadas lógicas filosóficas, no puede considerarse ya parte de la filosofía, sino, más bien, una rama de las matemáticas (al menos, en los campos de la teoría de la demostración y la teoría de modelos, donde todas las contribuciones fundamentales no las realizaron los filósofos, sino los matemáticos, desde De Morgan, Boole, Venn y Frege, hasta Hilbert, Gödel, Gentzen, Tarski, Church y muchos otros). En la mayoría de las disciplinas filosóficas, en cambio, la investigación se realiza a lo sumo en

I 13

¹ Aquí estaría fuera de lugar la cita de todos estos trabajos, que pueden encontrarse analizados con detalle en la obra de Pais (1982).

² Kragh (1999) es una buena presentación de estos aspectos de la física del siglo XX.

grupos reducidos, mientras que la escritura es todavía predominantemente individual.

La llamada *Big Science*, la ciencia colectivizada, realizada con grandes y costosos medios materiales (como un acelerador de partículas o un telescopio espacial) es característica de nuestro tiempo desde hace ya casi un siglo. No existe, sin embargo, algo análogo a la *Big Philosophy*, al menos todavía. En filosofía, los proyectos colectivos de mayor escala son las enciclopedias, diccionarios y *companions*, a los que contribuyen en ocasiones cientos de autores. Esta colaboración se ha vuelto indispensable a causa de la explosión informativa que hace imposible que uno o unos pocos autores puedan tener el conocimiento suficiente como para ofrecer un panorama más o menos completo y actualizado de un área o una disciplina de la filosofía, o incluso de un autor o tema específico. El mayor y más exitoso proyecto colectivo de esta clase ha sido la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, una obra en curso cuya extensión final, si es que alguna vez llega al final, es imprevisible. No obstante, quienes colaboran en esta clase de proyectos no constituyen un equipo de trabajo en sentido estricto ya que en la mayoría de los casos no tienen publicaciones en común y, generalmente, tampoco interacción alguna más allá de la contribución a la compilación, mediada por sus editores o compiladores.

14 |

Más allá de estas diferencias, una analogía positiva importante en las prácticas de la ciencia y la filosofía se encuentra en la manera en que la tarea de los investigadores, y de los profesores universitarios en general, tiende a ser evaluada. Cada vez adquiere mayor importancia la publicación de artículos especializados en revistas profesionales con referato, en desmedro de los libros monográficos, las compilaciones y otros tipos de publicaciones. La cantidad de artículos publicados, sin embargo, no basta para progresar en una carrera académica. Se requiere, además, que las revistas se encuentren indexadas, y con buena calificación, en las bases de datos internacionales (como SCOPUS y otras). En ciencia, la importancia de las publicaciones se mide directamente por el índice de impacto de cada revista, que es el resultado de un cociente entre el número de citas recibidas de los artículos que la revista publica en un año y el número de artículos publicados en los dos años anteriores. De esta manera, las citas recibidas por los artículos publicados adquieren más importancia que los artículos mismos. Este hecho tiende a producir conductas especulativas con el fin de multiplicar las publicaciones y el número de citas. Por ejemplo, la formación de equipos de investigación donde los diferentes integrantes firman como coautores los artículos de los demás, en cuya elaboración a veces no han participado, o la de equipos diferentes que trabajan sobre un mismo tema y citan con frecuencia los trabajos del otro equipo, en una suerte de compromiso de reciprocidad.

En filosofía, donde la publicación es mayoritariamente individual, esta clase de conductas todavía no está institucionalizada, pero ya se advierten algunos indicios en la formación de comunidades de especialistas que interactúan entre sí y se citan mutuamente, o en la multiplicación de artículos que no consisten sino en pequeñas variantes de otros trabajos ya publicados. Las revistas profesionales de filosofía todavía no son calificadas por el índice de impacto. Sin embargo, para que los investigadores en filosofía asciendan a los cargos superiores en las instituciones que los emplean se les exige, cada vez con mayor frecuencia, que justifiquen la repercusión de sus obras mediante una lista de citas significativas por parte de otros filósofos. Este elemento tiene una importancia cada vez más decisiva en la evaluación de los filósofos, e incluso de los profesores de filosofía, sobre todo, si pueden mostrar que sus artículos han sido discutidos y comentados, y no solamente citados, por autores prestigiosos, o bien que sus libros han sido reseñados en revistas importantes de circulación internacional.

3. Investigación y enseñanza

Tradicionalmente, los filósofos son profesores universitarios. Por tanto, a la vez enseñan filosofía y producen obras filosóficas. Esa doble actividad se origina con la fundación de las universidades en el siglo XIII y es característica de la mayoría de los filósofos escolásticos. En la modernidad hay un paréntesis importante en ese proceso, ya que la mayoría de los filósofos del canon occidental (desde Descartes hasta Leibniz y desde Hobbes y Locke hasta Hume, para nombrar solo a unos pocos) no son profesores universitarios. Desde la época de Kant, sin embargo, hay pocas excepciones: casi todos los grandes filósofos enseñan en alguna universidad y son profesionales que viven de su salario como profesores. Incluso, muchas de sus principales obras son lecciones o se basan en ellas, como es el caso de Hegel, paradigma del filósofo exitoso como profesor. La figura del profesor filósofo, o filósofo profesor, como se prefiera, se generaliza desde el siglo XIX y se mantiene hasta nuestros días. Todavía una buena parte de los libros que se publican tiene su origen en clases o seminarios y, en muchos casos, su objetivo es servir como libros de texto para los cursos de otros profesores. Por cierto, también hay muchas obras que son de investigación avanzada, no se originan en lecciones o clases y están dirigidas a otros profesionales de la filosofía, preferentemente a especialistas en el tema o en la disciplina en cuestión.

En las ciencias naturales la situación es bastante diferente, ya que la mayoría de los científicos activos no trabajan en universidades ni dan clases. En Estados Unidos, por ejemplo, las dos terceras partes de los científicos e

ingenieros trabajan en la industria o en el complejo industrial-militar y solo una minoría permanece en el mundo académico. Incluso, algunos de los que pertenecen a universidades o agencias estatales hacen trabajo de laboratorio y generalmente no se dedican a la enseñanza. Algo semejante, en distinto grado, ocurre en otras partes del mundo, donde las empresas privadas que financian investigaciones son más escasas. Así, en estas ciencias, no existe una asociación estrecha, como ocurre en la filosofía y las humanidades en general, entre la práctica de la profesión y la docencia. La mayoría de los físicos, químicos, biólogos, ingenieros y médicos que hacen investigaciones originales no ejercen la docencia. En las ciencias sociales la situación es un poco diferente, ya que la industria no emplea a la mayoría de los científicos sociales, aunque hay variaciones importantes en las circunstancias de cada país y de cada disciplina. Sin duda, hay excepciones en la filosofía, como Sartre, por ejemplo, y otros filósofos que no fueron profesores universitarios, pero cada vez son más raras estas excepciones.

A estas dos prácticas tradicionales, ya establecidas en el siglo XVIII, dar clases y publicar libros, se han agregado otras dos prácticas novedosas: la exposición en congresos y la publicación de artículos en revistas profesionales especializadas. Estas dos actividades no existen hasta bien entrado el siglo XIX y solo se generalizan a comienzos del siglo XX. Conviene recordar algunas fechas clave. Las revistas profesionales de filosofía comienzan a publicarse desde la década de 1860 en adelante. *Mind*, por ejemplo, la más antigua, se fundó en 1867. Y las demás revistas europeas o norteamericanas proliferan en las décadas de 1880 y 1890 (*The Monist* en 1888, *Archiv für Geschichte der Philosophie* en 1888, *Revue de Métaphysique et de Morale* en 1893, *Kant-Studien* en 1897). Las sociedades filosóficas y los congresos son más tardíos. Por ejemplo, la *Aristotelian Society* se funda en Londres en 1880 y organiza reuniones quincenales de sus miembros (que incluyen *ladies*, según sus estatutos, cosa poco frecuente en la época) donde se leen y discuten trabajos originales, que muchas veces se publican posteriormente en los *Proceedings*, la revista de la sociedad que comienza a editarse en 1888. Los congresos mundiales surgen recién en el siglo XX: el Primer Congreso Mundial de Filosofía se celebra en París en 1900 y, desde entonces, se realiza cada cuatro años en diferentes ciudades del mundo (al principio solo en Europa, con interrupciones significativas a causa de las dos guerras mundiales).

Aquí también es interesante una comparación con la ciencia. Las sociedades científicas y las revistas de ciencia son mucho más antiguas, ya que surgen a fines del siglo XVII. La *Royal Society* de Londres se funda en noviembre de 1660 y su revista, las *Philosophical Transactions*, en marzo de 1665. El nombre indica que ciencia y filosofía no estaban todavía separadas, pero el contenido de esta revista es, de acuerdo con nuestra división de los saberes,

casi exclusivamente científico y no filosófico. Se considera, sin embargo, al *Journal des Savants*, fundado en enero de 1665, como la primera revista científica; de hecho, el término “*savant*” es el que se utiliza en Francia, hasta bien entrado el siglo XIX, para designar a los científicos.

Hasta fines del siglo XIX, todavía gran parte de la investigación científica se publica bajo la forma de libros; piénsese, por ejemplo, en las obras de Newton, Darwin o Maxwell. Hacia fines del siglo XIX se produce un giro en este proceso y la mayor parte de la investigación original aparece bajo la forma de artículos, a veces extensos, como los de Planck y Einstein en los *Annalen der Physik*. Desde entonces, esa clase de publicación es excluyente: todas las investigaciones originales en las ciencias naturales se publican como artículos de revistas, mientras que los libros quedan limitados a los tratados y textos dirigidos a la enseñanza profesional y a las obras de divulgación. Ya a mediados del siglo XIX aparecen las revistas de divulgación científica, que no tienen análogo en el dominio de la filosofía. El ejemplo paradigmático es *Scientific American* que se publica de manera continua desde 1845 y es la revista más antigua de los Estados Unidos, además de una de las más exitosas. En las ciencias sociales la situación es diferente, ya que la mayoría de las obras clásicas (como las de Durkheim, Weber y Pareto) aparecen bajo la forma de extensos libros. No obstante, también surgen las primeras revistas de ciencia social, como *L'Année Sociologique*, fundada por Durkheim en 1898, que continúa editándose hasta la actualidad.

I 17

La importancia que se asigna a la publicación de artículos en revistas profesionales de filosofía varía bastante según las tradiciones filosóficas y las diferentes nacionalidades. En Inglaterra, Estados Unidos y otros países de tradición analítica resulta fundamental y constituye la manera más habitual de evaluar la producción de un profesor y de hacer una carrera académica. De hecho, en esta tradición, es posible realizar una carrera exitosa, y hasta volverse un clásico, antes de haber publicado libros, como es el caso, por ejemplo, de Davidson o Putnam (cuyos libros aparecieron más tardíamente, incluso de manera póstuma, en muchos casos, como compilaciones de artículos previamente publicados). Esto, por otra parte, es lo usual en las ciencias naturales, donde la producción de un investigador se evalúa exclusivamente por sus artículos en revistas especializadas, teniendo en cuenta, sobre todo, el índice de impacto de las revistas. Muchos otros autores clásicos de la filosofía contemporánea, como Rorty, también han publicado lo más importante de su producción de esta manera y la mayoría de sus libros son compilaciones de artículos ya publicados. Por cierto, hay excepciones, como Rawls, cuya obra fundamental se encuentra en libros extensos y sistemáticos. En la tradición analítica, es cada vez más frecuente que los libros sean compilaciones de artículos previamente publicados, generalmente con algunos cambios y

reelaboraciones. En la tradición llamada continental (un nombre, sin duda, ya obsoleto) la importancia de las publicaciones en revistas es mucho menor y en países como Francia se considera incluso poco relevante. El libro, escrito en la lengua nacional de cada autor, sigue siendo el vehículo esencial de expresión de las investigaciones filosóficas. Por cierto, hay que reconocer variaciones y diferencias según la especialidad. Así, los lógicos y filósofos de la ciencia, por ejemplo, ya casi no escriben en sus lenguas nacionales (como el alemán, el francés, el italiano o el español) sino en inglés y publican de manera frecuente en revistas de circulación internacional.

Este cambio en la lengua se ha acentuado significativamente en el siglo XXI y ha alcanzado a la mayoría de las disciplinas filosóficas. De este modo, puede decirse que la filosofía ha seguido, de manera más tardía, el mismo camino que las ciencias naturales. Cada vez más, el inglés es la *lingua franca* de los congresos internacionales (dondequiera que se realicen) y de las revistas profesionales, sobre todo de las especializadas. En las ciencias naturales este proceso ya está consumado desde hace por lo menos medio siglo. Sirva como ejemplo el caso de *Annalen der Physik*, la revista alemana de ciencia más importante durante la primera mitad del siglo XX: hasta 1950 se publicó exclusivamente en alemán; a partir de esa fecha se publicó en alemán e inglés y desde 1990 se publica exclusivamente en inglés, como la gran mayoría de las revistas científicas del mundo. Ningún científico, cualquiera sea su lengua y país de origen, publicaría un trabajo que considerara una contribución original a su especialidad en otra lengua que no fuera el inglés. Las lenguas nacionales quedan reservadas para los libros de texto (aunque cada vez con menor frecuencia) y para las obras de divulgación. En la filosofía, en cambio, todavía una buena porción de las investigaciones, sobre todo los libros, se publica en las lenguas nacionales de cada autor. Sin embargo, se puede observar una clara tendencia a la publicación de libros en inglés por parte de filósofos que no son hablantes nativos de esa lengua. El extenso catálogo de las publicaciones de la editorial *Springer*, en sus múltiples colecciones de filosofía, confirma plenamente esa tendencia.

La tercera actividad que forma parte de las prácticas de los filósofos profesionales es la dirección de tesis de licenciatura, maestría y doctorado. La importancia que se atribuye a cada uno de estos tipos de tesis en la evaluación de los académicos es muy desigual: las de licenciatura prácticamente no se toman en cuenta, mientras que solo se consideran discípulos o recursos humanos formados de un profesor a quienes hayan completado una tesis de doctorado. Este es el criterio de evaluación que se aplica en muchas universidades y, sobre todo, en agencias estatales o privadas de investigación. La dirección de tesis se considera una obligación complementaria tanto de la enseñanza como de la investigación y, en cualquiera de los dos casos, re-

sulta una condición necesaria para ascender a las jerarquías superiores del mundo académico. En las ciencias naturales la situación es bastante diferente, ya que la gran mayoría de las tesis se realizan en universidades, mientras que los científicos que trabajan en laboratorios, agencias, empresas privadas o el complejo industrial-militar no suelen dirigir tesis ni participan en la formación de futuros profesores universitarios. Hay excepciones, por cierto, pero, en general, en las ciencias naturales las carreras académicas en universidades se mantienen bastante separadas de la investigación que se realiza fuera de la universidad, aunque no son raras las interacciones e intercambios de conocimientos entre universidades y empresas o laboratorios privados. Una tendencia clara en las ciencias es que, de manera cada vez más generalizada, se admite que las tesis de doctorado estén formadas por un conjunto de unos pocos artículos independientes (usualmente cuatro o cinco) previamente publicados. En ciencia, las tesis doctorales suelen ser breves. En filosofía, en cambio, todavía la práctica usual es que esas tesis sean extensas y sistemáticas, semejantes en muchos aspectos a un libro listo para publicación. Tradicionalmente, se requiere, además, que su contenido sea enteramente inédito, pero ese requisito se ha relajado mucho en diferentes lugares, ya que ahora se admite que algunas partes o capítulos de las tesis hayan sido publicadas como artículos.

Una cuarta tarea que forma parte de las prácticas filosóficas actuales es la evaluación de publicaciones, sobre todo artículos de revista, pero también libros, proyectos de investigación y solicitudes de becas o ingresos a las instituciones de enseñanza o investigación. En este respecto, la situación no es esencialmente diferente en las ciencias naturales o sociales. Todo profesor universitario debe ocupar una parte creciente de su tiempo libre participando de comisiones evaluadoras y comités editoriales o, simplemente, confeccionando referatos de libros y artículos para editoriales y revistas. En el caso de las revistas, algunas de las cuales tienen doble o triple referato para sus artículos, la proliferación de trabajos remitidos ha vuelto crónica la escasez de evaluadores, a la vez que ha recargado de trabajo a los editores y árbitros. La máxima *publish or perish*, proveniente del campo de la matemática y las ciencias naturales, actualmente regula también el trabajo académico en las ciencias sociales, las humanidades y la filosofía, de modo que cada vez es más improbable realizar una carrera profesional sin publicar de manera continua y regular artículos de investigación en revistas profesionales con referato. En la actualidad, nadie podría tomarse una “década silenciosa”, como la de Kant cuando redactó la *Crítica de la razón pura*, sin perder sus cargos, tanto en la docencia como en la investigación. Las licencias o años sabáticos periódicos, que varían mucho según el contexto, quedan como último recurso necesario para la redacción de libros y trabajos extensos.

I 19

Como es evidente, la conciliación de estas tareas con la enseñanza universitaria permanente no resulta fácil en modo alguno. No solo por el tiempo que demanda cada una de ellas, si se las practica honestamente, sino porque usualmente tratan sobre temas diferentes. La enseñanza, sobre todo en los primeros años de las carreras universitarias, requiere cursos generales que cubran un amplio espectro de temas, problemas y autores, mientras que la investigación se dirige a temas cada vez más especializados y menos generales. El resultado es un creciente abismo entre lo que debe enseñarse y lo que se investiga. Dependiendo del tamaño y la naturaleza de las universidades, los profesores a menudo deben enseñar de manera periódica al menos dos o más asignaturas diferentes, dentro de un área determinada. Así, por ejemplo, es frecuente que quien se dedica a la lógica enseñe también, filosofía de la matemática, filosofía general de la ciencia, historia de la ciencia e incluso filosofía del lenguaje, pero muy raramente producirá contribuciones especializadas originales a todas esas disciplinas. Lo mismo ocurre en otras áreas de la filosofía teórica, como la metafísica, la filosofía de la mente y la teoría del conocimiento. Los cruces entre diferentes áreas son menos frecuentes. Resulta excepcional que un especialista en filosofía política o en historia de la filosofía antigua enseñe cursos sistemáticos (esto es, sin un enfoque histórico) sobre temas de filosofía teórica.

20 |

4. La fragmentación de la filosofía

Consideremos ahora la situación actual de la práctica de la filosofía teórica. A grandes rasgos, puede decirse que se ha producido un proceso de *proliferación, especialización y fragmentación* del campo disciplinar.³ Proliferación, porque el número de filósofos profesionales y el número de universidades donde se enseña filosofía es cada año mayor y resulta enorme si se lo compara con la situación hace apenas un siglo. Como consecuencia del incremento de profesionales, el número de publicaciones ha sufrido una suerte de crecimiento explosivo. Para citar solo dos indicadores: cada año se publican en el mundo más libros de filosofía que en toda la historia de la disciplina desde los antiguos griegos hasta el siglo XX. Además, existen más de 300 revistas de filosofía solo en Occidente, que publican muchos miles de artículos al año. Especialización, porque, inevitablemente, la única manera

³ Me he ocupado con más detalle de este tema en Cassini (2017). Aunque la situación del mundo académico suele cambiar cada década, las observaciones allí contenidas me parecen, en general, todavía vigentes.

de sobrevivir a la competencia en el campo académico es especializarse en un tema determinado, a veces sumamente técnico, y buscarse un nicho ecológico donde se pueda vivir de la investigación sobre ese tema. Este es un proceso que también ha ocurrido en las ciencias mucho antes. En la matemática, por ejemplo, existen ya miles de especialidades y los investigadores de diferentes especialidades, incluso cercanas, no pueden leerse entre sí a causa del carácter extremadamente técnico y especializado de los artículos que publican. Por último, fragmentación, porque la filosofía ha sufrido un proceso de división interna en especialidades que se desarrollan cada vez con mayor independencia mutua. Los filósofos generalistas y polígrafos, como Russell, Ricoeur o Habermas, para mencionar solo tres ejemplos, ya prácticamente no existen porque la enorme masa de información disponible sobre cada tema hace casi imposible que una misma persona pueda estar actualizada sobre los contenidos de dos disciplinas diferentes o incluso sobre dos temas diferentes. Así, hay cada vez más especialidades filosóficas y especialistas dedicados a un tema específico dentro de una misma especialidad. Este triple proceso de proliferación, especialización y fragmentación tiene consecuencias significativas sobre la práctica de la filosofía y también sobre su enseñanza.

En primer lugar, los filósofos que trabajan en especialidades diferentes, no ya en distintas disciplinas filosóficas, prácticamente no tienen comunicación entre sí, incluso cuando pertenecen a especialidades bastante cercanas. La incomunicación ocurre incluso en el interior de una misma disciplina; así, los filósofos de la física y de la biología raramente se leen o se citan entre sí, además de publicar usualmente en revistas diferentes (como *Studies in History and Philosophy of Modern Physics* y *Biology and Philosophy*). Por su parte, quienes se dedican a la lógica publican sobre todo en revistas especializadas (como *The Journal of Symbolic Logic* o *The Journal of Philosophical Logic*), que solo leen otros lógicos porque su contenido se ha vuelto completamente inaccesible para el resto de los filósofos (incluso estas dos revistas, especialmente la primera, tienden a ser colonizadas cada vez más por matemáticos puros o especialistas en computación). También han proliferado las revistas de ética y de filosofía política (como *Ethics* o *Philosophy and Public Affairs*), de las cuales los lógicos y filósofos de la ciencia en ocasiones desconocen incluso su existencia y la mayoría de quienes se dedican a la filosofía teórica no leen. Como consecuencia de la especialización, las revistas generales de filosofía han perdido gradualmente importancia y factor de impacto, por ejemplo, revistas clásicas como *Mind*, *Revue de Métaphysique et de Morale* y *The Journal of Philosophy* tenían, en promedio, mucha mayor influencia en la comunidad filosófica a principios o hacia mediados del siglo XX que en la actualidad. Incluso debería uno preguntarse cuál es la función actual de

las revistas generales de filosofía en un mundo de especialistas cada vez más comunicados entre sí.

En segundo lugar, la especialización ha creado una tensión creciente entre la enseñanza y la investigación. Las investigaciones especializadas se alejan cada vez más de los temas que deben enseñarse en una carrera de grado. Por consiguiente, es cada vez más improbable que un investigador especializado, por ejemplo, un filósofo de la mecánica cuántica (de los cuales hay muchísimos en la actualidad) o de la matemática pueda enseñar los temas que investiga en cursos de grado. Esos temas quedarán reservados a cursos de posgrado o, en el mejor de los casos, a seminarios avanzados de grado, cursos que generalmente tienen un número reducido de asistentes. También se produce el fenómeno inverso, que es el del especialista ignorante, como diría Ortega. Quienes tienen que dictar cursos generales o introductorios, ya sean de carácter histórico o sistemático, posiblemente no puedan incluir en ellos ninguno de los temas que realmente dominan, que cada vez son menos, y necesariamente tendrán que dar cátedra sobre cuestiones y autores que solo conocen más o menos superficialmente y de manera muy parcial. La especialización tiene un costo que se paga en cultura general. El fenómeno es muy evidente en los campos de la lógica y la filosofía de las ciencias: los lógicos actuales saben cada vez más matemática y los filósofos de la ciencia saben cada vez más ciencia, pero obtienen ese saber al costo de ignorar casi completamente la historia de la filosofía. A la inversa, muchos historiadores de la filosofía no saben demasiado sobre el estado actual de las disciplinas filosóficas tradicionales (como la lógica, la metafísica y la ética). Incluso los que se ocupan, por ejemplo, de la lógica aristotélica o medieval, raramente conocen el estado actual de la lógica matemática y no podrían hacer contribuciones originales a esta disciplina (hay excepciones, por cierto, como era el caso de Lukasiewicz en su tiempo, pero actualmente son muy raras).

22 |

En tercer lugar, la multiplicación de disciplinas filosóficas, temas y problemas hace que en una carrera de filosofía de grado (que en casi todo el mundo tiende a reducirse a una duración de cuatro años) cada vez pueda enseñarse una muestra más reducida del estado de la filosofía actual. Ciertamente, hay un canon filosófico indiscutido de autores clásicos que se enseñan en casi todas las carreras (al menos desde Platón hasta Kant), pero solo se los puede conocer de manera superficial. Cualquiera que haya hecho investigaciones serias sobre la historia de la filosofía sabe que leer en profundidad a un solo clásico, digamos, Aristóteles o Kant, es una tarea de toda la vida y que, además, toda una vida dedicada a esos estudios no alcanza para leer ni siquiera una modesta porción de la bibliografía que se publica anualmente sobre ellos. Por consiguiente, la especialización nos obliga a resignarnos a una creciente ignorancia sobre todo lo que escapa a nuestra

especialidad. Por cierto, este no es un fenómeno propio de la filosofía, sino de todo el conocimiento humano en la actualidad; no solo ocurre en la ciencia, sino también en el arte, la literatura o la música. Nuestro problema principal en este momento no es el acceso a la información, como sucedía hasta hace solamente unas décadas, sino cómo orientarnos en la enorme masa de información que tenemos a disposición. La idea, a veces todavía reclamada por muchos estudiantes, de que las carreras de filosofía deberían enseñarlo todo, o, al menos un poco de todo, es completamente imposible de realizar. Una carrera de filosofía solo puede presentar una muestra muy pequeña y parcial del estado de la filosofía actual, y es razonable que diferentes universidades elijan presentar muestras diferentes. Aunque la mayoría de las universidades que enseñan filosofía tienen programas generales que abarcan las tres áreas que he distinguido, se puede observar, cada vez con mayor frecuencia, una renuncia creciente a ofrecer contenidos omni-comprendidos y una tendencia a la especialización de sus ofertas. Solo las universidades más grandes, o más ricas, todavía tienen departamentos de filosofía donde se enseñan, casi nunca de manera simultánea, casi todas las disciplinas filosóficas. Pero la proliferación de disciplinas y especialidades hace cada vez más improbable que puedan ser incluidas en el programa de estudios de una carrera de grado, cuya duración teórica se supone de cuatro o cinco años. Así, como ocurre en casi todas las ciencias naturales, muchos temas técnicos o muy específicos se reservan para los estudios de posgrado, que cada vez adquieren mayor importancia. En el mundo académico, tanto en la filosofía como en las ciencias, ya no es posible siquiera comenzar una carrera académica sin un título de posgrado. En determinadas áreas, incluso los estudios posdoctorales resultan indispensables, lo cual ha alargado el tiempo de formación de los profesionales, que en filosofía ya llega a los diez años.

I 23

En cuarto lugar, la diversificación de la filosofía ha hecho que los congresos generales tengan cada vez menor importancia e interés. Un buen ejemplo son los congresos mundiales de filosofía, que todavía se realizan, pero cuya función es sobre todo social y turística. Ya nadie toma demasiado en serio esa clase de congresos ni, mucho menos, lee o cita las actas de esas reuniones, cuando se publican. Los participantes no llevan a esos congresos resultados originales sino que, en la gran mayoría de los casos, se limitan a resumir resultados que ya han publicado. Algo similar ocurre con los congresos nacionales de filosofía. La especialización de las prácticas filosóficas ha tenido la consecuencia de que proliferen los *workshops* y congresos especializados en un tema o autor, que son los que realmente tienen interés para un especialista y donde, cada vez con más frecuencia, se discuten las investigaciones en curso y se presentan resultados originales.

5. Los métodos de la filosofía

La reflexión sobre las prácticas filosóficas lleva inevitablemente a preguntarse por los métodos de la filosofía. La cuestión de si existe un método propio de las investigaciones filosóficas tiene una larga tradición, pero en las últimas dos décadas ha vuelto a debatirse intensamente, sin que se hayan logrado consensos robustos.⁴ No es un tema que pueda tratarse en el espacio de este trabajo, pero sin duda, el método que se adopte influye sobre las prácticas de la filosofía. En principio, no parece haber unidad metodológica en la investigación filosófica. El método depende de la concepción que se tenga de la filosofía (por ejemplo, si se la concibe como una ciencia o no, y si se considera que hay genuinos problemas filosóficos o no) y, en parte, de la disciplina que se practique.⁵ Los métodos del historiador de la filosofía, sin duda, son diferentes de los del lógico puro.

En la historia de la filosofía, en un sentido amplio del término, la metodología es semejante a la de la historia en general, en particular, a la de la historia de las ideas. La base empírica del historiador de la filosofía la constituyen las obras publicadas, manuscritos y cartas de los filósofos que constituyen su objeto de estudio. En las investigaciones sistemáticas originales, en cambio, a menudo se trata de conocimiento puramente *a priori*, en el sentido de que no se recurre a la experiencia, sino a la mera razón. Buena parte de la filosofía normativa en disciplinas como la lógica, la teoría del conocimiento y la ética es de esta naturaleza. La justificación que se ofrece para las tesis específicas que se quieren defender consiste esencialmente en argumentos que se validan por la propia razón sin recursos a la observación o la experimentación, como ocurre con la confirmación de las teorías e hipótesis de las ciencias fácticas. En este aspecto, la filosofía normativa es muy diferente de las ciencias empíricas, como la física o la biología, donde los puros argumentos, aunque sean experimentos mentales, no se consideran suficientes como evidencia confirmatoria para las teorías o hipótesis. Esto no es otra cosa que reconocer que la filosofía no es una ciencia fáctica. Con todo, es cierto que frecuentemente las afirmaciones filosóficas tienen presu-

24 |

⁴ Para un ejemplo antiguo véase Collingwood (1933), y para otro clásico véase Castañeda (1980). La bibliografía reciente sobre el tema es muy amplia. Véanse, entre otros, Williamson (2020) y (2022). Las extensas compilaciones de Daly (2015), Cappelen, Gendler y Hawthorne (2016) y D'Oro y Overgaard (2017) contienen diversos puntos de vista.

⁵ Como muestra reciente de diferentes concepciones de la práctica de la filosofía véase Maddy (2017), Williamson (2020) y Kitcher (2023). Dewey (1920) es un clásico que todavía inspira a filósofos de orientación pragmatista, como Kitcher.

puestos empíricos, que, por cierto, podrían ser falsos. Por consiguiente, una tesis o teoría filosófica puede criticarse de manera legítima argumentando que se basa en hipótesis falsas o mal confirmadas por la experiencia. El hecho de que la filosofía no sea una ciencia fáctica no implica que sea un conocimiento puramente *a priori* y que la experiencia no tenga relevancia alguna respecto de la aceptabilidad de una determinada posición filosófica. Como mínimo, es exigible que las afirmaciones filosóficas sean compatibles con el conocimiento científico aceptado en un momento dado, al menos, con el que se considera bien establecido. Esta última advertencia es necesaria, ya que toda disciplina científica suele contener teorías e hipótesis rivales acerca de las que no existe consenso en la respectiva comunidad científica.

La diversidad de métodos a lo largo de la historia de la filosofía es evidente. Aquí mencionaré brevemente dos de los más antiguos: el método axiomático y los experimentos mentales. El método axiomático proviene de la práctica de los matemáticos griegos de la Antigüedad, en particular, la de los geómetras, pero sus orígenes nos son desconocidos debido a la carencia de fuentes. Aristóteles ofreció en los *Segundos analíticos* la primera teorización de este método, al que consideró paradigmático de toda forma de conocimiento científico. Durante más de dos milenios, los *Elementos* de Euclides proporcionaron la que se consideró la realización más acabada de este método. Es difícil exagerar la influencia de Euclides sobre la filosofía teórica. Para toda la tradición racionalista, desde Descartes hasta Leibniz y más allá, los *Elementos* constituyeron un modelo de rigor que la filosofía debía imitar. Además, eran la evidencia de que era posible el conocimiento puramente *a priori* y necesario del mundo físico. Para Kant, la geometría euclídea era el paradigma de conocimiento sintético *a priori*. Sin embargo, la aplicación de este método a la filosofía no produjo los resultados esperados. El primer intento de axiomatización de la metafísica lo hizo Descartes en sus *Respuestas a las segundas objeciones a las Meditaciones metafísicas*, donde presentó una demostración axiomática de la existencia de Dios. Spinoza continuó esta estrategia en su obra inconclusa *Principios de la filosofía de Descartes, demostrados al modo geométrico*, donde intentó una presentación axiomática de toda la filosofía cartesiana. Su *Ética demostrada según el orden geométrico* permanece como el intento más ambicioso de aplicación a la filosofía del “modo geométrico”, es decir, del método axiomático.

Este método se aplicó de manera fértil en todas las ramas de la matemática y las ciencias formales, pero no prosperó en la filosofía.⁶ La razón, sin

I 25

⁶ En matemática, el método axiomático cumple diferentes funciones, heurísticas y pedagógicas, entre otras, además de servir como instrumento de análisis conceptual. Sobre estas cuestiones, véase Cantú (2023).

duda, es que la tarea propia de los filósofos es más bien la de cuestionar los axiomas que la de establecerlos o realizar demostraciones a partir de ellos. Por esa razón, difícilmente haya consenso acerca de axiomas en cuestiones metafísicas o gnoseológicas. El método axiomático solo tuvo aplicaciones exitosas en la lógica y, parcialmente, en la mereología u ontología formal y en la epistemología formal.⁷ En otras ramas de la filosofía teórica, o de la filosofía en general, prácticamente no tiene usos en la actualidad.

Los experimentos mentales tienen también una larga tradición, que se origina en Platón y llega hasta la actualidad. A diferencia del método axiomático, el uso metodológico de experimentos mentales está generalizado en la filosofía actual, tanto teórica como práctica.⁸ Paralelamente, esta clase de experimentos se consolidó en las ciencias, sobre todo a partir del uso que Galileo hizo de ellos. En la filosofía teórica, sin embargo, la naturaleza y la función de los experimentos mentales ha sido sumamente discutida. Una comparación con las ciencias, nuevamente, resulta esclarecedora. En sus usos científicos, los experimentos mentales consisten en la presentación de un escenario imaginario, no necesariamente contrafáctico, y un análisis del desarrollo de dicho escenario sobre la base de las leyes y teorías aceptadas en cada momento. Hay, por consiguiente, un marco nomológico común para la realización de esta clase de experimentos en ciencia. En filosofía, en cambio, no existe nada semejante, por lo que con frecuencia los experimentos mentales a menudo construyen mundos posibles donde las leyes de la naturaleza son diferentes de las admitidas por la ciencia. En esos casos, a falta de un marco nomológico común, suele apelarse a “nuestras intuiciones” para analizar escenarios cada vez más inverosímiles y alejados de nuestra experiencia, como, por ejemplo, la cuestión de la identidad personal en caso de que las personas pudieran desaparecer de un lugar y aparecer en otro lugar remoto, materializándose y desmaterializándose de manera instantánea. Es difícil creer que podamos tener intuiciones robustas sobre situaciones como esta, que jamás hemos experimentado. Este uso de la intuición para justificar o refutar tesis filosóficas acerca de la realidad extramental ha sido cuestionado

26 |

⁷ Véase, por ejemplo, la obra de Simons (1987) donde se presentan diferentes sistemas mereológicos de manera axiomática. Los sistemas axiomáticos de lógica son numerosos, desde Frege en adelante, aunque actualmente ya no son tan usuales.

⁸ Sorensen (1992) fue el primer estudio sistemático de los experimentos mentales en filosofía. La extensa compilación de Stuart, Fehige y Brown (2018) ofrece un panorama muy amplio del uso de experimentos mentales a lo largo de la historia de la filosofía y en las diferentes disciplinas de la filosofía actual.

con frecuencia y actualmente es objeto de intensos debates.⁹ ¿Qué son, en efecto, “nuestras” intuiciones filosóficas y por qué deberíamos confiar en ellas? ¿Acaso no dependen de nuestro lenguaje, de nuestras creencias e incluso de nuestras experiencias personales? No hay, por el momento, consenso alguno acerca de cómo responder a estas preguntas. El uso justificatorio de intuiciones tiene sus partidarios y detractores, pero, es evidente que los experimentos mentales constituyen una estrategia metodológica ampliamente utilizada en la filosofía teórica actual.

La filosofía naturalizada cuestionó esta metodología basada en conocimiento *a priori*, sobre todo, en el análisis lingüístico–conceptual o los experimentos mentales, que en la filosofía analítica prácticamente han desplazado al análisis del lenguaje. Más recientemente, la llamada filosofía experimental propuso reemplazar este método *a priori*, en particular la apelación a intuiciones, por una metodología característica de las ciencias empíricas, en particular, de las ciencias sociales: la realización de encuestas en las cuales se plantean preguntas acerca de problemas filosóficos. El núcleo de la crítica de los experimentalistas a la filosofía tradicional se refiere al uso de la intuición para justificar tesis normativas. En efecto, es frecuente que en el curso de una argumentación filosófica se apele, de manera vaga a “nuestras intuiciones” para apoyar o rechazar una determinada tesis, según se considere que está de acuerdo o es contraria a dichas intuiciones. En la filosofía del pasado, el análogo de estas intuiciones era la apelación a la razón, que determinaba que una tesis era una verdad evidente o bien que “repugnaba a todo ser racional”. Pero, como ya señalé antes, ¿a las intuiciones de quiénes se está haciendo referencia con la expresión “nuestras intuiciones”? Según los críticos experimentalistas, se trata solo de las intuiciones personales del filósofo en cuestión, que no pueden generalizarse sin más. La cuestión de si las intuiciones de los demás concuerdan o no con las propias intuiciones, argumentan los experimentalistas, es una cuestión empírica que no puede decidirse *a priori*, sino por medio de métodos experimentales.

Aquí no discutiré la cuestión de si la filosofía experimental es auténtica filosofía o si es meramente sociología o psicología del conocimiento. Tampoco si tiene relevancia para cuestiones puramente normativas. También cabe preguntarse si solo interesan las respuestas de los expertos o las de los legos. En cualquier caso, si se adoptara el programa de la filosofía experimental, ello implicaría un cambio drástico en la práctica de la filosofía porque los filósofos, en vez de limitarse a argumentar, deberían adoptar los

I 27

⁹ Véase, por ejemplo, Cappelen (2012) y la discusión del tema en Cappelen, Gendler y Hawthorne, (2016), capítulo 16.

métodos propios de las ciencias empíricas y aprender, entre otras cosas, a diseñar las encuestas, elegir las poblaciones y las muestras relevantes, analizar los datos de las respuestas, etc. La investigación filosófica se parecería, entonces, mucho más al trabajo de un sociólogo que hace investigaciones de campo, que a la denostada “filosofía de sillón”. Este enfoque de la filosofía está lejos de haber suscitado consenso y, de hecho, todavía es minoritario. Muchos filósofos partidarios de la epistemología o la ética normativas han defendido el recurso a las intuiciones como método legítimo de la investigación filosófica. Por el momento, el alcance de la filosofía experimental para tratar problemas filosóficos tradicionales de la filosofía teórica, como, por ejemplo, en qué condiciones podemos afirmar que tenemos conocimiento, no ha sido determinado.¹⁰

6. Conclusiones

Las prácticas filosóficas, como habrá podido apreciarse, son múltiples y se han diversificado a lo largo del último siglo. En una carrera académica típica en universidades más o menos prestigiosas se exige que un profesor o profesora tenga dedicación exclusiva, lo cual incluye la obligación de dictar cursos de grado y de posgrado todos los semestres; formar recursos humanos dirigiendo tesis de licenciatura, de maestría y, especialmente, de doctorado; realizar investigaciones originales que se publiquen en revistas profesionales prestigiosas; publicar libros de texto y/o libros dirigidos a otros profesionales y participar de manera más o menos regular en el circuito de congresos y simposios generales o especializados de carácter nacional o internacional. Las publicaciones acarrear generalmente la obligación de realizar periódicamente referatos para revistas y editoriales, y también, a menudo, la participación en comités editoriales o asesores. Además, como si todo eso no fuera suficiente, en muchos lugares se espera que los filósofos profesionales también realicen actividades de extensión y transferencia, que en el caso específico de la filosofía teórica nunca está claro cuáles son exactamente. Por último, también se espera que, al menos en algún momento de sus carreras, los profesores y profesoras desempeñen cargos de gestión, como la dirección de institutos y departamentos o la participación en los diferentes órganos de gobierno y consulta de las universidades.

¹⁰ Entre las muchas obras recientes en las que se discute la filosofía experimental y la cuestión de la legitimidad metodológica del recurso a las intuiciones véanse Deutsch (2015) y Sytsma y Buckwalter (2016). Véase también la discusión crítica de Williamson (2022), capítulo 10.

En mi opinión, y a la luz de una experiencia ya larga en las prácticas de la filosofía teórica, resulta dudoso que sea posible, o incluso deseable, que todas esas actividades se realicen conjuntamente. Algunas de ellas se encuentran en clara tensión o son directamente contraproducentes entre sí. Es claro que la enseñanza y la investigación serían apuntar en direcciones diferentes y a menudo opuestas, ya que el tiempo dedicado a una de ellas consume el tiempo que debe dedicarse a la otra. En las ciencias esto se reconoce desde hace mucho, por lo que buena parte de los científicos que hacen investigación *full time*, por ejemplo, trabajo de laboratorio intensivo, no dan clases, o lo hacen solo de manera parcial y gozan de extensos períodos de licencia. La gestión y la investigación me parecen a menudo incompatibles, sobre todo si se trata de cargos de alta responsabilidad; un decano difícilmente pueda hacer investigación de manera continuada. Por esa razón, en muchas universidades del mundo los cargos de gestión están claramente separados de los de investigación; de hecho, forman parte de carreras diferentes.

En cuanto a la producción de filosofía propiamente dicha, esto es, la investigación original, parece claro que la filosofía no es una ciencia empírica, al menos, tal como es practicada por la gran mayoría de los profesionales, por lo que no emplea los métodos característicos de las ciencias. Más allá de ello, no parece haber un método único que todos los filósofos compartan y apliquen, sino una pluralidad de enfoques metodológicos. Por otra parte, la cuestión de los métodos de la filosofía es un problema filosófico más, objeto de intensos debates en la actualidad. Sin duda, existen métodos complementarios, como el enfoque histórico y sistemático de un determinado problema, y otros que son incompatibles, como la metodología *a priori* de la tradición racionalista y analítica y los métodos empíricos de la filosofía experimental. En última instancia, la diversidad de concepciones acerca de qué es y qué debería hacer la filosofía tiene repercusiones en los métodos que se adopten e incluso se reconozcan como legítimos.

Para finalizar, quisiera señalar que en la actualidad la práctica de la filosofía, si bien todavía no es una actividad colectiva como la ciencia, resulta casi inconcebible fuera de un marco institucional, ya sea en universidades o centros de investigación. La era de los filósofos solitarios encerrados en su gabinete, como Descartes junto a su chimenea, ha quedado atrás hace mucho tiempo. Pero ello tiene su costo porque la participación en instituciones obliga a desempeñar de manera simultánea una multiplicidad de tareas que no siempre es fácil conciliar. Ningún filósofo en la actualidad podría, por ejemplo, dedicarse de manera continuada y exclusiva a la investigación, como ocurre en muchos campos de la ciencia. Son muy pocos los filósofos que no enseñan filosofía, por lo cual cada uno deberá tratar de encontrar el

balance adecuado que optimice de la mejor manera posible el reparto del tiempo entre esas dos tareas, ambas demandantes, si se las quiere realizar de manera seria y responsable. No existe receta predeterminada alguna para ello, por lo que cada cual deberá encontrar el balance entre sus diferentes actividades que le resulte más satisfactorio, al menos, dentro de las posibilidades que cada contexto particular permita.¹¹

BIBLIOGRAFÍA

- Cantú, P.** (2023), “What is Axiomatics?”, *Annals of Mathematics and Philosophy*, 1: 1-24.
- Cappelen H.** (2012), *Philosophy without Intuitions* (Oxford: Oxford University Press).
- Cappelen, H., Gendler T. S. y Hawthorne, J.** (comps.) (2016), *The Oxford Handbook of Philosophical Methodology* (Oxford: Oxford University Press).
- Cassini, A.** (2017), “La fragmentación de la filosofía: sus causas y sus consecuencias”, *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 43(1): 105-133.
- Castañeda, H. N.** (1980), *On Philosophical Method* (Detroit: Noûs Publications).
- Collingwood, R. G.** (1933), *An Essay on Philosophical Method* (Oxford: Clarendon Press).
- Daly, C.** (comp.) (2015), *The Palgrave Handbook of Philosophical Methods* (Basingstoke: Palgrave Macmillan).
- 30 | **Deutsch, M.** (2015), *The Myth of the Intuitive: Experimental Philosophy and Philosophical Method* (Cambridge, MA: The MIT Press).
- Dewey, J.** (1920), *Reconstruction in Philosophy* (New York: Henry Holt and Company).
- D’Oro, G. y Overgaard, S.** (comps.) (2017), *The Cambridge Companion to Philosophical Methodology* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Kitcher, P.** (2023), *What’s the Use of Philosophy* (New York: Oxford University Press).
- Kragh, H.** (1999), *Quantum Generations: A History of Physics in the Twentieth Century* (Princeton: Princeton University Press).
- Maddy, P.** (2017), *What Do Philosophers Do: Skepticism and the Practice of Philosophy* (New York: Oxford University Press).
- Pais, A.** (1982), *‘Subtle is the Lord...’: The Science and the Life of Albert Einstein* (Oxford: Oxford University Press).
- Simons, P.** (1987), *Parts: A Study in Ontology* (Oxford: Clarendon Press).

¹¹ Una versión anterior de este trabajo, mucho más breve, fue presentada en el marco del ciclo de conferencias titulado “Debate actuales en filosofía”, realizado en el Centro de Investigaciones Filosóficas de Buenos Aires en marzo de 2023. Agradezco a un evaluador anónimo por sugerirme aclarar mejor las relaciones entre la filosofía y la experiencia. Por cierto, el tema merece un tratamiento más detallado que el que puede ofrecerse en el contexto de este trabajo.

- Sorensen, R.** (1992), *Thought Experiments* (Oxford: Oxford University Press).
- Stuart, M. Y., Fehige, Y. y Brown, J. R.** (comps.) (2018), *The Routledge Companion to Thought Experiments* (London: Routledge).
- Sytsma, J. y Buckwalter, W.** (comps.) (2016), *A Companion to Experimental Philosophy* (Chichester: Wiley Blackwell).
- Williamson, T.** (2020), *Philosophical Method: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press).
- Williamson, T.** (2022), *The Philosophy of Philosophy*, Second Edition (Hoboken, NJ: John Wiley).

Recibido: 13-06-2024; aceptado: 16-04-2025